-SEUDONIMO

"PLUMITAS DE COLORES"

¡Pipo el Plumitas!



Cada día, mi vecina Alicia abre la ventana de la cocina y saca a Pipo, su periquito, a la terraza.



Desde la ventana de mi habitación, escucho su alegre canto. Entonces, mi hermana Lola y yo saludamos a Alicia y le damos los buenos días.

Por cierto, ¡todavía no me he presentado! Me llamo Valentina y tengo seis años.

Pipo es un periquito precioso, con un plumaje de muchos colores y un pequeño pico con el que abre las pipas de girasol que Alicia le da cada día.

Quiere muchísimo a Alicia y, cada vez que la ve, se pone tan, tan contento que empieza a silbar canciones maravillosas. ¡Sus melodías son tan pegadizas que Alicia no puede evitar tararearlas! Entre silbidos y tarareos, los dos improvisan divertidos duetos. ¡Forman un equipo fantástico!

Me encanta observarlos desde mi ventana y ver lo bien que se lo pasan juntos. ¡No hay nada más bonito que empezar el día escuchando sus alegres canciones!



Todos los días, mi hermana Lola y yo desayunamos a toda velocidad nuestra leche con galletas. Después, nos lavamos los dientes y salimos corriendo a saludar a Pipo.

¡Es tan bonito, con sus plumas de colores tan vivos que brillan bajo los rayos del sol! Antes de irnos al cole, Alicia nos prepara unos deliciosos bocadillos de chorizo para almorzar durante el recreo.



Cada mañana, Lola y yo repetimos la misma rutina de siempre, hasta que, un día… ¡Pipo no apareció por la ventana!

—¿Y Pipo? —nos preguntamos, extrañadas.

Quizá Alicia se había quedado dormida. Pero aquella mañana nos fuimos al cole sin ganas de silbar.

Al día siguiente, la persiana seguía bajada. Ni un pío, ni un pío-pío, ni un silbidito. Lola y yo nos miramos muy preocupadas y nos marchamos al cole.

Cuando volvimos a casa, le contamos a mamá lo que estaba pasando. Ella nos acompañó hasta la puerta de Alicia para averiguar por qué nuestra vecina no salía a la ventana. Tocamos al timbre una vez. Nadie respondió.

Mamá empezó a preocuparse de verdad. ¿Y si le había pasado algo a Alicia? Sin perder más tiempo, avisó a sus familiares, que acudieron enseguida.



Alejandro, el hijo de Alicia, llegó corriendo a casa de su madre. Al entrar, recorrió las habitaciones, hasta que por fin la encontró.

¡Menuda sorpresa! Alicia estaba rodeada de un montón de ropa y tenía el armario lleno de conservas. Llevaba puestas dos camisas de su marido, un jersey viejito, un gorro de lana y dos calcetines: uno rosa con corazones y otro verde pistacho.

¡No parecía la Alicia de siempre! Ella, que iba tan elegante, con el pelo peinado, y labios pintados de rojo.

Nosotros buscamos por toda la casa hasta que encontramos a Pipo. No tenía agua ni pipas y, cuando nos vio, empezó a silbar una melodía triste.

Algo le pasaba a Alicia.

Lola, mi hermana, se acercó despacito para darle un beso, pero Alicia se asustó. Nos miró, como si nunca nos hubiera visto.

—Mamá, ¿qué le pasa a Alicia? —pregunté muy bajito—. ¿Por qué no sabe quiénes somos ni le da pipas a Pipo?

Mamá se sentó a mi lado y me, me explicó que Alicia tenía alzhéimer.

¡Alzhéimer! ¡Qué palabra tan rara! Yo no sabía qué significaba, así que mamá me contó que era una enfermedad que las personas olvidaran muchas cosas, incluso a las personas que más querían.



Pero ¿cómo podíamos ayudar a Alicia y a Pipo?

Mamá trabaja en una residencia de mayores y Lola y yo la llamamos RM. ¡Es nuestra forma secreta de decirlo! Entonces, mamá tuvo una idea: ¿y si Alicia se iba a vivir allí? Estaría bien cuidada, tendría personas que la ayudarían en todo lo que necesitara y nunca estaría sola. ¡Y Pipo también podría acompañarla!

Alejandro, su hijo, le pareció una buena idea. Así que decidió recoger todas las cosas que tanto le gustaban a Alicia para que pudiera sentirse como en casa. Entre él y mamá prepararon su nuevo hogar con mucho cariño, colocando sus objetos favoritos y cuidando cada pequeño detalle.

Lola y yo estábamos contentísimas. ¡Podríamos ir a visitarlos muy a menudo! Así, Alicia no se sentiría sola y Pipo tendría compañía, agua fresquita y un montón de pipas para picotear.

¡Qué ganas teníamos de volver a escuchar sus alegres silbidos! Y, quién sabe, ¡a lo mejor hasta montábamos un concierto los cuatro juntos!

¡Y esta vez Lola y yo también nos uniríamos al concierto! ¿Os imagináis qué banda tan estupenda formaríamos?

